

muy amado. ¡Quiera Dios que la bendición, que vamos á recibir, sea para nosotros la seguridad, de que nuestro ruego ha sido favorablemente escuchado!... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE RAMOS.

(MAT., XXI, 1-9.)

Sobre la comunión pascual.

TEXTO. *Dicite filiæ Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.*

Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre.

EXORDIO. Hermanos míos, se acercaba el tiempo de la Pasión del Salvador. Antes de entrar el Señor en Jerusalem por última vez, había llorado sobre esta ingrata ciudad: « Jerusalem, había dicho, ¡si tú conocieses la gracia que te es dada, si tú supieses las desgracias que te amenazan, te arrepentirías, y harías penitencia! » Pero no; de la misma manera que ciertas almas endurecidas, esta ingrata ciudad no quiso escuchar nada!... Sin embargo, había en su seno algunas almas fieles. Nuestro divino Salvador quiso proporcionarlas la ocasión de manifestar su fé, aclamándole en su entrada en la ciudad. Hé aquí, pues, lo que relata el Evangelio, que leíamos á la bendición de los Ramos: « Acercándose Jesús á Jerusalem, y habiendo ya llegado á Betfage, junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus Discípulos, diciéndoles: Id á esta aldea que está en frente, y hallaréis una asna atada y su pollino con élla; desatadla y traédmelos: y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará ir.» Y todo esto sucedió, para que se cumpliera lo que fué dicho por el Profeta: « Decid á la hija de Sion: Hé aquí á tu Rey, que viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y sobre un

pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. » Y habiéndose ido los discípulos, hicieron como les había mandado Jesús; y trajeron la asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Y una gran muchedumbre del pueblo extendía sus vestidos en el camino: otros cortaban ramas de los árboles y las echaban á su paso, y las gentes, que iban delante, y las que venían detrás, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: Bendito sea Él que viene en nombre del Señor. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, entre esta muchedumbre, que aclamaba así á nuestro Salvador, se hallaron algunos, que pocos días despues clamaron por respeto humano: « ¡Sea crucificado! » La naturaleza humana es tan débil y tan fácil de dejarse arrastrar al mal, que nos es permitido creerlo así. Quizás aun toda esta muchedumbre, entre la cual se hallaban sin duda alguna José de Arimatéa y la valerosa Verónica, tantos enfermos que había sanado, y un sinnúmero de niños, que había bendecido, quizás, repito, esta muchedumbre le permaneciese fiel, y viese con dolor las humillaciones y los suplicios, que se le hicieron sufrir... Pero lo que está averiguado es que Nuestro Señor, al permitir este triunfo y estas aclamaciones tan poco tiempo ántes de las ignominias y dolores de su Pasión, quiso enseñarnos, que las glorias y los gozes de la tierra son muy poca cosa, y que van seguidos á menudo de muchas amarguras. Sin embargo, amados hermanos míos, dejando aparte estas varias consideraciones, me detengo en estas palabras: « Hé aquí á vuestro Rey, que viene á vosotros lleno de mansedumbre, » y las aplico á la santa comunión.

DIVISIÓN. *Primero.* Os diré que todos, bajo pena de pecado mortal, estamos obligados á comulgar en este santo tiempo; *segundo:* haré conocer las principales disposiciones necesarias, para que nuestra comunión sea buena y agradable á Dios.

Primera parte. Ciertamente, hermanos míos, es cosa triste, que esté uno obligado á recordar á cristianos, á hombres y mujeres, que han saboreado con tanta dicha las delicias de una buena y primera comunión, la obligación de comulgar por la Pascua!

¡ Oh querría, amados cristianos, contentarme con apelar á vuestros corazones, y deciros á cada uno de vosotros : « Hermano amadísimo, Jesús está allí en este tabernáculo ; hace mucho tiempo que no habeis unido vuestra alma á la suya, y vuestra sangre con su sangre ; y Él os espera, os invita ! Pobre alma querida, Él me encarga te diga, que Él es tu Rey, y que desea en su inefable ternura unirse á tí : prepárale, pues, una digna morada... *Dicite filix Sion, etc. Decid á la hija de Sion, que su Rey viene á ella, lleno de mansedumbre.*

Sí, hermanos míos, me es penoso ver tan desconocido el amor, que le hace morar en nuestros tabernáculos ! Qué ! nuestro Jesús está allí, en este misterio de amor, en este adorable sacramento ; nos invita, nos solicita, nos tiende sus brazos ! Venid, venid pues, nos dice, acercaos, yo os consolaré y os fortificaré ; yo os haré beber en abundancia en el manantial de mis gracias y méritos !... Y á nosotros, ciegos é ingratos, es menester que nos den pruebas, para hacernos entender que estamos obligados á acercarnos á Él por lo ménos una vez al año ! ¡ Oh amados oyentes, con cuánta justicia se nos podría echar en cara esta reprensión, hecha antiguamente á los Judíos : « Hombres de dura cerviz, *dura cervice*, ¿ no comprendéis, pues ? ¿ hasta cuando resistiréis ? »

Pues bien ! á pesar de mi repugnancia, puesto que necesitais pruebas, voy á dáoslas. Escuchad desde luego á Jesucristo : « Yo soy, dice, el pan de vida, bajado del cielo, si alguno come este pan, vivirá eternamente, y el pan, que yo daré, es mi carne, que debo entregar por la salvación del mundo. » Los Judíos sorprendidos murmuraban, aunque era costumbre en ellos hacerlo, cuando Jesucristo hablaba. Había entónces, como hay en nuestros días, ciertas gentes orgullosas y perversas, que tienen una aversión casi instintiva tanto á la verdad como á la virtud... Los Judíos, pues, decían murmurando : « ¿ Cómo puede darnos á comer su carne ? » Insensatos ! No sabían que Dios es todopoderoso y ha formado el mundo de la nada ! ¿ No habían visto á Jesús en las bodas de Caná cambiar el agua en vino ? Después de tantos prodigios hechos en presencia de ellos, ¿ podían dudar del poder di-

vino de Aquel, que les hablaba?... Así pues al ver su mala fé, Jesús renuncia á contestarles, y sólo se contenta con pronunciar las siguientes palabras, sobre las cuales llamo toda vuestra atención : « En verdad, en verdad, os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendréis vida en vosotros ! » Esto es claro, hermanos míos. ¿ Puede decirse algo más formal. ? Escoged vosotros mismos los términos. ¿ Encontrais otros más expresivos y enérgicos ? Pues bien, ¿ deseais poseer la vida de la gracia ? Ved, lo que exige Jesús : Para tener esta vida es necesario comer su carne y beber su sangre, es decir, comulgar ; de lo contrario, moriremos !...

¿ Y qué nos dice ahora la Iglesia, esta madre cariñosa que nos recibió en sus brazos el día de nuestro bautismo ? ¡ Ah, ya lo sabéis, y contestais ántes que yo ? *Comulgarás humildemente, por lo ménos por Pascua florida.* Y en los tiempos en que su disciplina era más rigurosa, cualquiera que descuidaba el cumplir con este deber, era apartado del cuerpo de los fieles, y privado de la sepultura cristiana ; tal era la importancia, que se daba á la práctica de este mandamiento en los siglos de la fé ! Si en nuestros días no se aplica con tanto rigor el castigo á aquellos, que olvidan la comunión pascual, es porque la Iglesia, cual madre amorosa é indulgente, que no quiere que su indócil hijo se entregue á la desesperación, ha juzgado en su alta sabiduría, que era preferible usar de dulzura y bondad para con las almas rebeldes y desviadas ; por lo demás el precepto existe y es obligatorio, siendo preciso mostrarse fiel á él, bajo pena de caer en pecado mortal... ¡ Cuántas pruebas más podría daros, hermanos míos ! pero no quiero ser más explícito respecto á este punto. Además, ¿ de qué servirían aquellas, despues del mandamiento tan estricto de la Iglesia y de la enseñanza tan formal de nuestro divino Salvador ?

Segunda parte. Veamos ahora con qué disposiciones debemos hacer nuestra comunión pascual !... Pero, ante todo quiero contaros una historia, de la cual tal vez algunos de entre nosotros

1. Véase San Juan, cap. vi.

pudieran sacar provecho. Un mal cristiano va en busca de su párroco y le dice: — Le ruego venga vd. á la Iglesia para confesarme, pues quiero hacer la comunión pascual. Es preciso obedecer á la Iglesia, y dice uno de sus mandamientos: *Comulgarás humildemente por lo ménos por Pascua florida.* — Está bien, contesta el cura, pero notad esta palabra: *humildemente*; eso significa: estar bien preparado; ¿reunís pues las disposiciones necesarias para ejercitar tan grave acto? Dudo de éello, porque os conozco. — Vd. me conoce por un hombre divertido, respondió el feligrés. — Queréis comulgar para obedecer á la Iglesia; ¿No hay pues en sus mandamientos uno que dice: *Oírás misa entera los domingos* y fiestas de guardar? Cómo es, pués, que casi nunca os veo asistir á élla? ¿No hay otro mandamiento, que dice: *Santificarás las fiestas?* Y sin embargo, trabajáis durante las mismas! ¿No hay igualmente otro, que dice: *El viernes no comérás carne?* Y á pesar de vuestra robusta salud, ¿respetáis acaso este precepto?... Y ¡cuántas cosas más podría deciros!... — Señor cura, ya le diré todo eso, venga vd. á confesarme, porque, ¿qué se diría de mí, si no comulgase por la Pascua? — Accedo, contestó el cura, á confesaros, pero para comulgar es preciso estar en buenas disposiciones y formar la resolución sincera de corregiros. — Ah! siendo así, replico el mal cristiano, ya que no queréis permitirme, que comulgue enseñada, no quiero confesarme más. » Saquemos de esta historia la siguiente conclusión: Que la costumbre, nuestra posición y el respeto humano no bastan, para que vayamos á comulgar; sino que es preciso, que tengamos buenas é interiores disposiciones para éello...

¿Y cuáles son estas disposiciones? Una de éllas es esencialísima, las demás son muy deseables. La disposición esencial consiste en hallarse en estado de gracia, es decir, en haberse purificado de sus pecados por medio de una buena confesión. Así pues, comprendámoslo bien; no es buena confesión aquella, en que se cuentan solamente los pecados con sinceridad, sin llorarlos, sin hacer la firme resolución de emendarse en lo sucesivo... Os acusáis por ejemplo de haber robado, pero no teneis intención de res-

tituir lo robado. Os acusáis asimismo de profanar el domingo, trabajando dicho día, y no asistiendo tampoco á misa; por lo cual, si no haceis la firme resolución de corregir vuestras faltas, observadlo bien, de poco os ha servido vuestra sinceridad, y es muy dudoso que vuestra confesión sea buena y que os encontréis en estado de gracia!... ¿Me propongo acaso, hermanos míos, al hablaros así, introducir en vuestras conciencias inútiles turbaciones? ¡Ah, que Dios me guarde de éello!... No, quiero recordaros solamente lo que es necesario hacer, y es absolutamente indispensable para ponerse en estado de gracia... Quiero deciros que la confesión no es simplemente, y permitidme la expresión, una especie de *enjabonadura*, sino que reclama de nosotros el dolor de nuestras faltas y la firme resolución de no volver á cometerlas.. Hé aquí pues, hermanos míos, como decia ántes, la disposición indispensablemente requerida. Sin élla cualquiera que se acerca á Jesús le dá el beso del traidor, y reproduce el crimen de Judas!...

Hé añadido antes, hermanos míos, que había otras disposiciones muy deseables. ¿Porqué el mismo alimento corporal, que repugna á los enfermos y aprovecha poco á ciertas personas, sirve para reparar completamente las fuerzas de otras?... Es porque éstas tienen el estómago en mejor disposición para recibirlo. Lo mismo puede decirse del pan celeste, que recibimos en la Eucaristía.

Cuánto mejor preparada está el alma, más abundantes son las gracias que recibe. Cuando uno ha sabido prepararse bien con buenas obras y ejercicios piadosos, esforzándose por acercarse á la mesa Eucarística poseido de vivísima fé, de devoción ardiente y amor profundo; oh entonces Jesucristo penetra y se regala en el alma como en un santuario precioso!; Cuántas gracias y celestes favores derrama allí! Almas benditas, que gozais de estos dones, la comunión pascual no debe bastaros, id, id á beber con frecuencia el amor divino en su mas pura fuente! — No me atrevo á ello, diréis tal vez, porque Jesucristo es tan grande, y yo tan pequeño y miserable!... Yo no soy digno de recibir á tan divino Salvador. » — Y, hermanos míos, es verdad

lo que repetimos por tres veces antes de aproximarnos al altar ! *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibirlos en mi corazón. ¿ Es preciso por ello alejarnos de Él y privarnos de las innumerables gracias, que recibiría nuestro corazón, si comulgásemos con más frecuencia ? Escuchad una historia, á fin de que os instruya y reanime. Un día San Pedro Celestino, atormentado por semejantes dudas, y no sabiendo si era preferible abstenerse de comulgar ó hacerlo con más frecuencia, se encaminaba á Roma, con objeto de que el Soberano Pontífice le diese consejo acerca de éllo.

Después de haber andado algunas horas, encontró en el camino al piadoso sacerdote, que le había vestido con el hábito monástico y el cual había muerto algunos años antes en olor de santidad. « Hermano mío, le dijo el repetido sacerdote, tienes razón, lo que piensas es verdad ; hasta los mismos Ángeles no son dignos de recibir el cuerpo sagrado del Salvador. Y, sin embargo, Él es tan bueno, que quiere que se le reciba !... Guárdate, pues, de disminuir el número de tus comuniones, porque eso haría disminuir las gracias y más dulces favores, que Dios te concede. » El santo sacerdote desapareció, y Pedro Celestino, reanimado con estas palabras, no alteró en lo más mínimo el número de sus comuniones, llegando á ser un santo, que la Iglesia venera en sus altares ¹.

PERORACIÓN. Ya veis, pues, hermanos míos, como Jesús desea que le recibamos. ¡ Oh, no quiero decirlo que lo manda, bajo pena de ver á nuestras almas privadas de la vida... Tampoco quiero repetirlos que la Iglesia lo manda, prefiero, amados hermanos míos, interesar en éllo el amor de vuestros propios corazones. Teneis fé ; ¿ no es así ? Pues bien, vais á comprenderme. Cuando el niño Jesús fué presentado al templo, un santo anciano, llamado Simeon, le recibió en sus brazos, estrechóle contra su corazón, y enagenado de contento, sintiendo defallecer su alma á este contacto divino, exclamaba : « ¡ Basta Señor, basta. ! » Ahora

1. Conf. Tobias Lohner, *Bibliotheca manualis*, etc.

dejadme morir, mis ojos han visto ya, y mis brazos estrechado á Aquel, que ha de ser la salvación del mundo... *Nunc dimittis*, ahora dejadme morir. » En efecto, qué mayor dicha !... o santo anciano, sí, envidiamos vuestra suerte. Haber estrechado al niño Jesús contra su corazón, oh Dios mío, qué gracia tan sublime !...

Pues bien, amados cristianos, cuando tenemos la dicha de comulgar, el favor, que experimentamos, estodavía más grande !... ¡ Oh divino Jesús, que estais presente y entero en la santa Hostia, no os contentais con venir á nuestros brazos y á nuestro corazón, sino que quereis entrar en nuestra boca y ser depositado en nuestra lengua, bajando luego al pecho, y vivo y lleno de amor para con nosotros, os dignais albergaros en lo más íntimo de nuestros corazones !... mezclándose vuestra sangre con la nuestra y vuestra vida con nuestra vida ¹. Simeon no os recibió más que una sola vez en sus brazos, muriendo de amor y alegría ; y nosotros podemos recibirlos y hospedaros dentro de nuestras almas cuantas veces queremos, y con todo miramos con indiferencia tan extraordinarios favores. ¡ Oh, hermanos míos, cuán ingratos somos ! ¡ Oh almas queridas, que no sea solamente el mandamiento de la Iglesia el que nos lleve á la sagrada mesa durante estos días de gracia. No, no, que sea el tierno amor al divino Jesús, y el vivo deseo de permanecerle fieles mientras habitamos en esta tierra, para que de este modo podamos estar á su lado en la bienaventuranza eterna... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DIA DE PASCUA DE RESURRECCION.

Triunfo de Jesucristo.

TEXTO. *Surrexit, non est hic, ecce locum ubi posuerunt eum*. Ha resucitado, no está aquí, ved el lugar en donde le pusieron.

1. Conf. d'Argentan, las *Grandezas de la santísima Virgen Maria*.